

1

ESTRAGOS

I

MI PADRE Y YO, qué extraña pareja. «Vamos a ver al comisario-jefe», dijo por la mañana, y subimos a su gran coche blanco. «Me voy a comprar el más grande de los Citroën» me soltó un día con mucha complicidad. Abrió un montón los ojos, invitándome con una sonrisa que no le cabía en la cara, «¿te vienes?». Me agarré a su mano. Fuimos juntos y se compró el más grande y blanco de los Citroën. Pero eso fue hace ya algunos años.

A mediados de septiembre aún hacía calor, y mi padre, olvidando su americana, se dispuso a conducir en mangas de una camisa de un blanco resplandeciente. Se arrellanó mucho más deprisa que yo en el asiento.

Me dije, «es insólito», porque la velocidad de mi padre al acomodarse fue asombrosa. Como la energía seca de un insecto.

Esperé con placer a que el Citroën se levantara del suelo. Siempre lo hacía como una vaca somnolienta, con sus cua-

tro estómagos acuciados por la sed después de una siesta pesada. El motor arrancó con el sonido cansino y fofo de la marca, y echamos a andar tímidamente. «Esto sí que va lento», rezongué. Quizás mi padre extremaba su cautela por alguna causa oscura que amenazaba nuestra seguridad, o a lo mejor porque la camisa le quedaba tan holgada que, con fastidio, le venía a cubrir la mitad de las manos. Con una prenda tan larga, que te tapa hasta casi donde arrancan los dedos, es que no hay forma de conducir a gusto. También pensé en que el tráfico estaba muy bronco esa mañana, para llegar por último a la conclusión de que lo que le ocurría de verdad a mi padre es que estaba cagado de miedo.

Eso era lo que sentíamos los dos, miedo, y de ese modo, con nuestras sienes, nuestras manos y nuestras ingles hinchadas de un miedo parecido, alcanzamos a pasar una vez, la primera, por la puerta de la Comisaría. En realidad era un palacete, el chalet que había donado un gran hombre al cuerpo policial de nuestra Ciudad-Sapo. Pero mi padre no detuvo el coche. Para mi sorpresa, la rebasamos, la dejamos atrás. «Vaya», me dije, «y ahora qué pasa», dimos otra vuelta estúpida, sin sentido, alcanzamos de nuevo la Comisaría y, tal y como ya ocurriera antes, la volvimos a dejar atrás. Me inquietaba que no se detuviese ante aquellas puertas de hierro forjado, que la belleza de la fachada y la autoridad de aquellas dos torres tan gallardas no fueran argumento suficiente para que parase el coche sino que, una y otra vez, volvía a girar buscando una salida imposible a aquel compromiso que le espantaba de forma tan poco airosa en un padre.

Estaba muy pálido y casi parecía no tener cuerpo ni torso ni nada dentro de su camisa, holgada en exceso y con una blancura quizás demasiado dominical para un encuentro semejante. Poco a poco se iba inclinando sobre el volante hasta casi rozarlo con la punta de sus hombros. A cada giro, cada vez que pasábamos por la puerta del palacete, mi padre se inclinaba un poco más sobre los mandos de su Citroën.

Me dije alarmado, «se va a desmayar», porque avanzábamos casi al paso de los peatones. Sus hombros comenzaron a descansar abiertamente sobre el volante y, de hecho, podría haber conducido de esa forma estrafalaria, con la punta de los hombros. Su cara flaca, tensa por la expresión que le daba el miedo, sobresalía por arriba hasta el punto de que su nariz iba chocando contra el parabrisas a cada golpe del acelerador. Resultó que al alcanzar la altura de la Comisaría mi padre había metido la primera marcha y circulábamos dando empujones, subiendo y bajando como de una ola de feria, zarandeándonos con aquella marcha brusca y corta, ridículos y vergonzantes hasta dar risa.

Los otros conductores nos pitorreaban con guasa, incrédulos ante tamaño espectáculo cómico con el que, seguro, no contaban esa mañana, pero terminaron por cambiar de ánimo y, enfadados de veras al ver el rictus de aquel extraño conductor, imprimieron, cada uno a su claxon, un tono despreciativo y hasta violento. Pero es que los peatones también nos iban poniendo ya cara de sorpresa y lástima, qué menos, y me suponía yo que era porque se preocupaban de buena fe al ver a mi padre tocar el volante con los hombros.

A paso de hormiga mi padre iba acusando una flojera creciente en el pie del acelerador cuando de pronto, en una de esas vueltas sin objeto, caló el coche justo a la altura de la entrada del palacete. Creí estar ante una consecuencia involuntaria de su lamentable estado físico, pero entonces, dando un volantazo, se metió adentro con habilidad, como si aquel chalet hubiera sido una de sus propiedades más frecuentadas durante los últimos veranos. Todavía recorrimos sin motor unos metros, en un silencio sólo perturbado por el crujir de la gravilla del patio aplastada por los neumáticos. Nos detuvimos mansamente, con gran precisión, lanzados con la inercia necesaria para posarnos justo bajo el ciprés. Soltando un resoplido largo el coche se desplomó hasta tocar con su vientre el suelo. Los Citroën se acuestan como una vaca displicente, y

ponen sus cuatro estómagos de nuevo en marcha, anunciando con otro chorro gaseoso la hora de volver a su siesta.

II

Aquella mañana estaba comprobando que desde mi salida de la cárcel, o mejor, quizás ya antes, probablemente desde el día en que fui detenido, a mi padre le iba costando un esfuerzo cada vez mayor realizar cualquier acto trivial, adoptar decisiones cuya pertinencia un niño intuiría en cuestión de segundos. Yendo con él en su gran Citroën blanco, me entraron unas ganas enormes de gritarle, de reprocharle una flaqueza tan impropia de un padre. Me impresioné mucho al caer en la cuenta de lo flacas que se le habían quedado la cara y las manos, y de que el pecho se le había hundido todavía un poco más desde sus últimas visitas allí dentro. Parecía otro hombre. Pensé en el sentimiento de amor que me despertaba, y también en que su mirada huidiza, poco franca, su cuerpo dolido, todo me resultaba extraño, como si no fuese mi padre; porque cómo podía ser mi padre ese hombre callado que aplastaba su narizota contra el parabrisas estirando el cuello por encima del volante a cada empujón de su Citroën, despertando la risa y la violencia de los demás.

Y todo el pesar de ese hombre que me llevaba a una entrevista amistosa con el comisario-jefe, a la vez que excitaba mi amor por él, hacía que me resultara aborrecible.

Quizás fuese el deseo de amarlo y a la vez la imposibilidad de reconocer su cuerpo lo que me arrastraba en ocasiones al rincón más grotesco de mis sentimientos, lleno de maleza y bichos que pican y se retuercen bajo las grandes piedras.

III

Esos eran los rasgos de la debilidad que se manifestaba en el cuerpo de mi padre tras mi paso por la cárcel. Mi madre, cuando salí de allí, también mostraba en su cara, en su torso, en sus pechos, el rastro evidente de un gran daño. Acusó todo en extremo, pero cuando de veras tuvo que dar la talla fue cuando le propusieron celebrar con una fiesta mi salida de prisión. Aquel exceso casi la hunde. Mis tíos, sus amigos más íntimos, sus hermanas, los socios del negocio de la carne de mi padre, todos se empeñaron en organizar una cena cuando el juez me dejó volver a mi casa. Tal fue la alegría, el cariño que todos me quisieron dar, que para celebrar ese acontecimiento, mi salida de la cárcel, querían organizar una gran cena, «ien casa de la abuela!», exclamaban, como si la idea de organizarla allí, precisamente en aquel sitio, fuera una idea de todo punto extraordinaria. Pero mi padre, mi madre, yo mismo, ¿qué era lo que teníamos que celebrar?

Mi madre recibió la noticia de la dichosa fiesta como una carga irresistible, como un fardo pesado que de pronto alguien dejara caer sobre su espalda, pero en lugar de inclinarse hacia delante como le ocurría a mi padre, y hundírsele así el pecho entre los hombros, su pérdida de equilibrio fue contraria, echándosele su torso peligrosamente hacia atrás. Forzó la columna hasta una posición antinatural que debía ser por necesidad dolorosa y que revelaba un espanto ante lo que le había tocado vivir similar a las deformaciones detectadas en la anatomía de mi padre.

Eran las suyas, sin embargo, otras malformaciones diferentes, claro, porque supongo que ella quería demostrar que aquellos acontecimientos, por humillantes que fueran para su sentido de lo que debe ser una vida de familia, no podrían afectarla más allá de un punto, que no iban a lograr vencer algo que no alcanzo a vislumbrar siquiera qué sería, pero que lleva-

ba engastado muy adentro. Quizás fuese orgullo, pero lo cierto es que esa tensión interna, esa dificultad para expulsar un dolor con pinchos provocó tal rigidez a sus músculos que terminó por adoptar un ademán contranatura. Contrajo también muy severamente sus rasgos faciales hasta revelar tras ellos, aunque no siempre, un gesto desconocido y casi psicótico. Sus ojos no podían a veces disimular un alejamiento creciente de un mundo que ella sentía hostil.

Mis observaciones concluían que aunque era un dolor parejo, el de mi padre y el de mi madre, la espectacularidad del rastro de ese sufrimiento fue mucho mayor en el caso de mi madre. Así, aquel estiramiento se le exacerbó, rozando la catástrofe, el día en que decidieron celebrar la famosa cena. Como si el tronco de un pino de entraña muerta acabara de recibir el impacto de un rayo, toda aquella aparente dureza vegetal crujió lastimosa al oír la propuesta de una singular cena a base de cordero lechal horneado con galantina de nata y cabello de ángel.

Todos se echaron encima de mi madre, ante el abandono de mi padre, salivando sobre ella muy afectivos, más tíos que nunca, más amigos que nunca, más socios de la carne que nunca, unidos en un júbilo común y bienintencionado. Estaban exultantes. «¡¡Verás qué Gran Cena va a ser!!», gritaban para darle ánimos. Al final cedió, con el gesto del que es incapaz de soportar ya más un dolor extremo y se abandona.

Me hubiese gustado saber de dónde sacaba fuerzas mi madre para resistir el flujo constante de gentes que esos días llegaban a nuestra casa. Todos querían compartir largamente la alegría por mi suerte. Pero aquel río de parientes fue creciendo conforme pasaban las fechas a partir del día de mi puesta en libertad. Los visitantes llegaban sin parar y se tomaban sus confianzas. Se echaban a las charcas de la casa, se daban baños de barro milagroso, friegas curativas, bromeaban entre ellos, con nosotros, se arrojaban el agua fresca con una simpatía sincera haciendo una pala con las dos manos, felices y re-

lajados. Todos tenían sus razones para querer vivir intensamente un acontecimiento para la familia tan extraordinario, apropiarse de un poco de esa luz turbia y llevársela para el recuerdo dentro de un frasco.

He de reconocer que durante esas jornadas se me deformó un poco la percepción de las cosas. Sufría a veces, durante esos encuentros familiares, manías, obsesiones sin fundamento, y una dilatación óptica que alteraba mi visión cotidiana de los muebles, de los pasillos, de la cocina, de los baños. Mi temor o mi fobia más recurrente era que por todas las estancias se apostarían los parientes, la gente, acurrucados, y que me iban a sorprender al abrir la puerta del desván, por ejemplo, con un abrazo caluroso por mi regreso junto a los míos después de un año de tribulaciones sin cuento. Si me dirigía al baño, pánico me daba por si alguien me fuera a saludar desde dentro, donde yo me lo encontraría en plena ablución, frotándose ruidosamente la cara con agua jabonosa, haciendo pedoretas con los labios y soltando al agujero del lavabo todo un rosario de saludables escupitajos, «¡hola, Ismael!».

La congestión de mi madre, en esas tardes de visitas, crecía a ojos vista. Ella debía preguntarse ¿esto es mejor que sea así, o sería mejor que no lo fuera?, ¿será bueno que vengan todos a vernos, o lo menos malo sería que se quedaran dentro de sus casas, tranquilos, viendo la televisión? Pero el caso es que un día, y otro también, y el siguiente, sin que aquello pareciera tener fin, llamaban a nuestra puerta y mi madre me buscaba para ponerme delante de las visitas. Me colocaba un polo azul celeste y un vaquero, pero ella apuntaba otro detalle, e insistía en otro más, «y arréglate esa greña, por lo que más quieras».

Sus nervios se le quebraban porque ya estaban allí los que querían verme, antes del desayuno incluso; así, cuidaba con esmero de mi ropa, de mi aspecto, con una mezcla de agotamiento, desgana y resignación hiperactiva. Le dolía hacerlo, pero algo le obligaba a que mi apariencia estuviese en las me-

jores condiciones. «Pero si parece un ángel» le decían sus amigas. Llegaban a veces a una hora en la que yo creo que es muy difícil recibir a nadie, por ejemplo cuando mi padre se despertaba con trabajo de los inicios de un sueño espeso, o justo cuando comenzaba a vencer la resistencia de dos anzuelos que tiraban hacia arriba enganchados de los párpados, formando sobre sus ojos dos pequeñas tiendas *sioux* y, dentro de ellas, un molesto vacío insomne sobre la córnea.

En una ocasión hasta tuvieron la ocurrencia de aporrear nuestra puerta a las tres de la madrugada. Con el susto se desató una pequeña discusión matrimonial en la alcoba sobre quién debía levantarse y atender la llamada. Yo no estaba dormido y me acerqué a abrir por mi cuenta. Al ver quién aparecía por la videopantalla exclamé, «¡los boticarios rurales!», sí, eso dije, con muchísimo disgusto, porque enseguida supuse que a mi madre no le iba a agradar en absoluto la visita de su cuñado Ramón. Transcurrieron dos minutos largos. Nada se oía ahora desde la alcoba de mis padres, ni yo estaba dispuesto a tomar ninguna iniciativa por mi cuenta. Pero el que llamaba no quería cejar en su empeño de que le abriéramos. Me asomé a la puerta del dormitorio y vi cómo mi madre, sentada de espaldas en el borde de la cama, se colocaba las pantuflas gimiendo. Mis padres estaban exhaustos y me daba una gran tristeza ver cómo por mi culpa eran molestados a esas alturas de la noche. Mi madre salió por fin de la alcoba y la luz intensa del pasillo cayó sobre su rostro como un balde de aceite revelador. La dramática desnudez de sus rasgos me produjo una gran conmoción. Sus ojos apenas se le veían detrás de unas bolsas inflamadas de piel violeta. Mientras se aproximaba a la puerta me fijé en que su pelo se le había deformado visiblemente tras un par de horas de sueño inquieto; con el peinado rígido y hacia atrás, ofrecía un aspecto a la vez zarrapastroso y aerodinámico. Cerca del videoportero se detuvo y permaneció callada como una estatua de sal. A través de la pantalla pudimos ver juntos la gran nariz del tío Ramón, un apéndice ancho

y blando, sin apenas soporte cartilaginoso. Los boticarios rurales sonreían. El tío Ramón, algo hastiado por la espera, bostezó desmesuradamente. Mi madre pareció turbarse y se cubrió hasta arriba con la bata. Alejada irresponsablemente de la situación, dejaba pasar unos segundos pesados en los que parecía escarbar con un dedo entre tierra húmeda batida con escamas de jabón.

En esas estábamos cuando de pronto irrumpió en el pasillo mi padre. Se plantó en jarras a la salida de la alcoba con los ojos como dos platos de sopa turbia, determinado a que se abriera de una vez la maldita puerta o a pedir explicaciones a no se sabe quién por el escándalo. Llevaba la camisa de un pijama azul marino surcada con barquitos rojos totalmente descompuesta, con el primer ojal prendido al tercer botón, enseñando así su ombligo pálido sobre la marca rojiza impresa por la goma de sus calzoncillos. «¿Pero quién coño llama?» voceó, arrugando la frente como un acordeón. Simulaba contrariedad, aunque se supiera en realidad sin fuerzas para sentirla. No le hicimos caso, pero él siguió plantado en medio del pasillo sin poder dar crédito ante tal falta de respeto a su presencia. Incapaz de poder soportar más la situación al fin accioné, por iniciativa propia, la tecla del videoportero.

Abajo, en el vestíbulo del portal, estalló el eco de las voces de los que ansiaban pasar, el ruido penetrante de las ruedecillas de sus maletones, la respiración sofocada y el atropello verbal del matrimonio que sube con esfuerzo la cuna del bebé. Se nos venía encima toda una familia con sus olores, crujidos, babas, llantos, caricias, disculpas, regalos y manías. Al oírles subir, se apoderó de nosotros la angustiada certeza de que ya nada humano podría detenerlos. Mi padre saltó de repente hacia atrás y se introdujo ágilmente en la alcoba, desconcertándome con la energía de ese quiebro inaudito a sus obligaciones. Mi madre, con una elasticidad semejante, e igual de inopinada, se metió adentro también cerrando tras de sí con un soberano portazo.

2

TAXIDERMIA

I

LA ANÉCDOTA CON los boticarios rurales fue una de tantas. Aquellos días fueron pródigos en encuentros difíciles y peripecias complicadas con las visitas, eso sí, siempre en un clima de alegría y afecto sincero. Saludé primos tan lejanos que parecían recién desembarcados tras un viaje de ultramar, pero podía suceder que en realidad esos primos tuvieran su domicilio en un pueblecito cercano a nuestra Ciudad-Sapo, y que hasta aquellos sucesos hubiesen vivido silenciosa, discretamente, acumulando envidia ante la prosperidad del negocio de la carne de mi padre. Sería por eso que ahora llegaban ahogados de entusiasmo por mi liberación, con ganas de reír y bromear, vestidos con ropa de estreno, bien bronceados y joviales, embellecidos otra vez por los efectos revitalizadores del drama carcelario programado hacía poco más de un año en aquella casa.

Llegaban amigos de los que nada se sabía desde hacía años, desde la infancia, «cómo estáis, gracias por venir, cuán-

to tiempo», calvos, gordos, irreconocibles. Daban la cara por allí enemigos de toda la vida, transformados por su gesto de valentía y cariño sincero, ofreciéndolo todo, un hombro, ayuda, consuelo, y, cómo no, también los más íntimos, los que nunca les abandonaron y menos ahora, y mi madre debía atender a todos ellos, aceptar resignada un contento que quería estallar sin pudor, encajar una alegría que no era la suya, aunque el hijo liberado sí que lo fuera.

Apretones y besos, escuchar y besar, responder y besar, presiones en los dedos de las manos y en las muñecas enrojecidas por los roces, eso era lo que me daban todos los días tras mi salida de la cárcel, y debajo de tanto beso y abrazo allí veía la cara absorta de mi madre, sentada, automática y, siempre que le era posible, silente.

A una hora del día todo eso me resultaba especialmente doloroso, y era con la llegada del crepúsculo. Se desataba entonces una especie de calor afectivo general, justo cuando el sol tardío entraba por los grandes ventanales abiertos del salón azul de mi madre. Esa luz intensa, de una violencia cromática casi insoportable, prendía fuego a los mofletes y daba a las calvas de los invitados de mayor empaque el aspecto de páramos agoniosos de piel brñida.

En esos momentos algunos gorriones se posaban en los alféizares. Los más hambrientos, con un pequeño impulso de sus alas, caían sobre el mantel que alguien había sembrado con las migajas de una torta de manteca. Las visitas, advertidas del juego de las aves, hacían girar lentamente sus cuellos, y con ellos sus tonsuras y sus mofletes satisfechos. Entonces se dedicaban a observar con ojos franciscanos a los pajarillos, sin abrir la boca ante su confiada presencia ni arrojarles de su mano migas de bollo siquiera, incapaces de ser algo más que humildes testigos de la beata armonía del mundo. Agotados sus corazones por el empacho sentimental de aquel hermoso encuentro familiar con el sobrino, con el primo, con el amigo, con el nieto excarcelado, a qué otra cosa podían aspirar sino a

una pasiva contemplación de los pequeños afanes de la vida. El regocijo era íntimo, sujeto al freno de una medida templanza, la merienda succulenta y exultante la puesta de sol, pero es que el gorjeo y las idas y venidas de las avecillas sobre el mantel blanco plagado de sutiles flores de verde costura, sus revuelos y disputas a picotazos por los restos de la torta, constituían para todos la culminación de un espectáculo que les transportaba a una deliciosa embriaguez espiritual.

«Qué bien que se está aquí», era la dulce conclusión, el corolario crepuscular al que habían llegado en uno de los corros, el que estaba reunido alrededor de la gran cafetera cónica y blanca de mi madre, allí donde los párpados se cerraban sin remedio aplastados por el peso de la más cándida sensación de bienestar. Pero unos segundos más tarde, por efecto de un rápido contagio, volvía a escuchar la misma frase con nitidez, proferida a una desde otro corrillo más, y otro, en todos al fin en los que se habían mezclado, a modo de guiso con salpicón, vecinos, matarifes, íntimos, simples conocidos, familia carnal, sal, aceite y pellizcos de pescado.

«¡Qué bien que se está aquí!» cantaba aquella masa coral al unísono, muy bien sincronizada, con la tesitura de los que se abandonan a un ahogo placentero, y después de oír tan rotundo pronunciamiento acerca de una tarde en la que todo estaba resultando de gusto y agradable, donde las emociones vividas agotaban las ganas de ser aún más felices, escuchaba también un palmoteo contundente y sonoro contra diez, veinte, treinta barrigas repletas de café, licor y bollería fina. La percusión sobre la pared de los estómagos, ya muy cargados y con una digestión que amenazaba complicaciones, se asemejaba con fidelidad a un entusiasta redoble marcial: «¡taclata!». Y los gorriones, esos pajarillos de voracidad insaciable, tan crueles como intuitivos, ya sabían que se acercaba el momento de echar a volar.

II

Una de esas tardes mi madre me anunció con apuro, mirando al suelo y asintiendo resignada, que acababa de llegar del pueblo el tío Liborio. «Le he puesto de merendar ahí dentro; se ha empeñado en no tomar nada que no fuera abrirle una lata de sardinas; anda, vete a darle un beso y de paso le haces compañía». Y mientras se marchaba de nuevo a atender un corrillo, añadió ya de espaldas, con un gesto de desaliento, «...se ha traído al perro, mira tú qué ocurrencia».

Salí a escape del salón y lo que vi al abrir la puerta de la cocina fue a un anciano de aspecto desaseado, flaco, con su pobre esqueleto volcado sobre una lata de sardinas en cuya salsa roja ponía el pico del pan en remojo. Napoleón, su perrazo oscuro y careto de toda la vida, comía a sus pies. Debía tener ya casi veinte años e imaginé que seguiría en posesión del trofeo al chucho más tonto del que se hayan tenido noticias nunca. Masticaban los dos absortos en su merienda, el tío con la barra del pan bien cogida en una mano y su lata de conserva al alcance de la otra, y el perro metiendo a fondo un hocico puntia-gudo de raza imposible en una caja de cartón llena de arroz, pimientos, costras de tarta de chocolate, peladuras de manzana y una multitud de cabezas locas de langostino. Alguien había volcado el cubo de la basura para que el animal comiera.

Arrugado y esquivo, mi tío pareció lloriquear de emoción al verme. El perro meneó cortésmente la cola y siguió con su merienda.

Me acerqué para besar al anciano donde estaba sentado a la jineta, con el pecho pegado al respaldo de la silla, y al tocarle la mejilla con mis labios comprobé que la peste de la lata se había apoderado de los pliegues de su cara, pero también de su ropa descolorida por los continuos lavados, de sus manos llenas de pecas y manchas negras, y hasta de su calva. Toda la

cocina olía a viejo, a pelo húmedo de chucho y a salsa de sardinas en conserva.

Las observé con asco.

«¿Quieres probarlas? Están muy buenas» dijo mi tío, y me soltó un pellizco en el muslo que me hizo ver las estrellas. Me echaba unos ojillos traviosos mientras hurgaba en el interior de la lata, jugueteando como un niño, o como un enfermo mental, dándoles la vuelta a las sardinas con un dedo. El toqueo de animales muertos había sido su gran afición desde hacía muchos años, porque desde que llegara al pueblo para casarse con la tía Amalia había cultivado el vicio repugnante de disecarlos.

El corral de mi tío Liborio se sofocaba en las horas centrales del día con el relumbror verde de las pámpanas de una higuera recia que en septiembre echaba unas brevas gordas y pesadas. Al madurar y abrirse en las ramas, o al ser picoteadas por los estorninos, expulsaban una mermelada amarillenta sobre la que se escurría una retorta de semillitas negras. Allí, en la penumbra de una bodega, acosado por la humedad, seis tinajas, quintales de polvo y una prensa de uva, a mi tío se le pasaban las mañanas y las tardes aplicándose sobre los cadáveres bajo la luz de un flexo. Ese era el escenario en el que se dedicaba al innoble oficio de la taxidermia. Vestido con una bata azul mecánico se le iba el tiempo destripando patos, cuervos, águilas, zorros, alguna gineta, gatos de tejado, liebres y hasta lucios americanos. Mi tío era pobre como una rata, pero se casó con una mujer muy rica, y aquello no se lo perdonaron en el pueblo, donde era objeto constante de mofa. Por mayo, los mozos le pintarrajeaban la fachada ensañándose con ganas, insultándole bajamente, siempre con alusiones a la buena puntería de su bragueta. Aquella afición de disecar bichos le vino entonces de perillas para gastar en ella su tiempo y relacionarse lo justo con sus vecinos.

El rito taxidérmico lo iniciaba practicando una rajita en la zona baja del buche, próxima a la cloaca. Para ello le era im-

prescindible el uso de un bisturí que sacaba de un maletín forrado de un magnífico cuero negro donde escondía hasta cinco hojas más de distinto calibre y convenientemente estuchadas, un fonendoscopio, un tenedor, un tarro de sales revitalizantes, un mazo de naipes españoles y un *fórceps* de acero. En el instante de la incisión se ponía serio hasta el ridículo, imbuido de la responsabilidad de una intervención crucial en su carrera de cirujano ínfimo, y recargaba con cursilería el gesto levantando el dedo meñique mientras deslizaba el filo a lo largo del abdomen.

Entre nuestras sombras proyectadas sobre aquellas enormes tinajas, yo miraba quieto y fascinado, casi bajo hipnosis, el pulso firme de la mano de mi tío Liborio. Era parte de un rito de disección que a mí entonces me impresionaba tanto como su silencio grave y su respirar pesado, muy consciente también de que en ese momento habría sido imperdonable que le hubiera distraído por muy importante que fuese el motivo.

Hecho el corte, sumergía aquella temible hoja en un vaso con desinfectante. Con su dedo índice hurgaba después en la entraña. Haciendo pinza con la ayuda del pulgar, ejecutaba con la presa tres movimientos básicos, giro, retorcimiento y extracción, los tres muy sonoros. Así revolvía y sacaba de un solo tirón acuoso lo que hubiese en el vientre del pájaro, porque a una tripa parda le seguía otra azul como cosida a la primera, y a una glándula sanguinolenta se le pegaba una molleja endurecida tras la súbita expiración del ave con el golpe del escopetazo. Todo el complejo visceral me era mostrado dentro de una sopa de semillas, tallos verdes, perdigones de plomo y chinas del campo, expeliendo el conjunto un fuerte olor a excremento de pato y fango del río.

Las cuencas de los ojos las vaciaba a presión y, en ocasiones, para admirar aún más a su sobrino, reventaba uno de los globos oculares del pájaro con un garbilo seco. Después

escurría el dedo dentro de un trapo y me lanzaba media mirada maligna con el ojo que no me había guiñado.

Sobre el pliego abierto de un diario provincial, con noticias de fútbol de tercera, felices batidas de caza de la realeza y el penúltimo parricidio, amontonaba la casquería con cuidado de que no se le deslizara un intestino al suelo como si fuese una culebra viva. Luego se asomaba a la puerta de la bodega y lo arrojaba todo con puntería a un sumidero excavado en el centro del corral. Una docena de gatos bajaban presurosos de la higuera a deleitarse con los restos. Miraban con desprecio al perro, que a su vez los contemplaba con un indolente silencio imprimiendo a su cola una mínima vibración.

Mi tío terminaba de arreglar los cadáveres sin contemplaciones. Los huecos, que primero rellenaba con puñados de perifollo seco, finalmente los zurcía de cuatro puntadas violentas y asimétricas que daba, enérgico, con una aguja de zapatero y sedal tieso. Antes de rematar la costura, acomodaba entre el relleno unas bolitas de alcanfor perfumado y lo rociaba todo con unas gotas de desinfectante. Los ojos muertos que arrancaba los devolvía de un cristal de vivos colores. Los había de una gama cromática muy rica y a centenares dentro de una caja decorada con escenas de la China; en algunos predominaba el iris azul celeste, pero en otros, gordos como bolas de ping-pong, toda la córnea era de un negro basáltico, y si los sujetabas entre tus dedos y te quedabas con la mirada fija sobre ellos te podían empavorecer de sólo completar con la imaginación las fauces y las garras del monstruo; en algunos cristales refulgía un verde cenital, enigmático, ¿a qué exótico pájaro se le iban a adjudicar unos ojos de tanto misterio, qué plumaje maravilloso no desplegaría en sus juegos de seducción? Los de color amarillo truculento los reservaba para las rapaces, y también se permitía la licencia estética, y hasta biológica, de clavárselos colorados de nocturna morbidez. Eran objetos muy vivos y brillantes, clasificados en pequeños compartimentos por especies. Dispuestos así, en montoncitos, parecían ador-

nos navideños, pero una vez incrustados en una cuenca seca nada podría haber disimulado que eran bolas de vidrio inerte pegadas a un cadáver.

En rigor taxidérmico, las disecciones le solían quedar sólo regular a mi tío. A bastantes de los ánades que vaciaba, su especialidad, les salían al poco tiempo unos bultos cerca del buche. Esas morcillas se deslizaban con el paso de los meses por el cuello del cadáver, creciendo milímetro a milímetro en turgencia y grosor. No era extraño tampoco que la punta de un alambre tirara hacia afuera, amenazando con perforar el pellejo del ave, tenso ya como una pedorra. Algunas mujeres, desasosegadas, se le venían a quejar con el pato en la mano. «El cuello se les hincha por la humedad... no hay peligro de que suelte un trueno» se explicaba, «¿y el pincho?», contestaban ellas con los brazos en jarras, cargadas de razón.

Aquella tarde, merendando en la cocina de mi madre, sentía hacia el viejo un gran sentimiento de gratitud por su visita. Su silencio mientras masticaba el pan, sus miradas huidizas, de soslayo, la ropa desgastada, todo me inspiraba emociones fuertes. Qué otra cosa sino comprensión me daba la sonrisa del tío Liborio, afecto por su sobrino nieto, aunque tuviera ese punto amargo en las comisuras de los labios que yo achacaba a su edad, al crujir de la huesa, y supusiera que la acuosidad turbia de sus ojos no fuera otra cosa sino la consecuencia del picante de las sardinas. A pesar, también, de que en su boca, entreabierta por el asma, hubiera algo parecido a un pánico difuso por no querer entrar al salón y verse en la tesitura de saludar a las visitas.

«Ay». Mi tío Liborio me soltó otro buen pellizco, quizás el peor de los que hasta ese momento me había propinado. Con una mano tiraba de mi carne, y con los dedos de la otra hacía girar los troncos de las sardinas dentro de la lata. Sus pícaros ojillos me volvieron a emocionar.

Mi tío casi siempre andaba solo y pensativo, y a veces daba unos largos paseos con Napoleón por los alrededores del

pueblo que en realidad eran giros alrededor de un punto sobre el que pivotaba, lo mismo que una cometa a la que alguien mantiene con pulso firme al otro extremo del cable, supongo que para evitar que derrote en un vuelo libre y sin control. El eje de esos paseos nacía en la casa donde le aguardaba la tía Amalia, gorda hasta la deformidad, rica y hedionda, recostada a todas horas sobre un sofá que le hacía las veces de cama turca, un dominio inmenso y caótico de colchas y almohadones de seda bordados con historias de Oriente. En una de las viñetas un jeque árabe cazaba subido a un caballo rojo con un halcón negro sobre su mano; al fondo se destacaba la silueta de un oasis con puesta de sol, tres palmeras y dos manchas grandes de orina. Mi tía Amalia estaba allí muy cómoda, y también sus tres gatazos atigrados, tan grandes y meones como su dueña.

A mi tío, la tarde del encuentro, le habían dado mucha cuerda. Giró y giró, kilómetros y más kilómetros, salió del pueblo, atravesó la gran llanura, el cauce parsimonioso de dos ríos mesetarios, hasta que, en su trayectoria envolvente, excéntrica y circular, cada vez más alejada del punto de pivotación desde donde era gobernado, se tropezó con nuestra casa en la Ciudad-Sapo. Una vez aquí, tímido y mostrenco, ni siquiera se acercó al salón, huyó espantado del jaleo de las visitas buscando refugio en la cocina donde al final mi madre le puso a merendar sardinas especiadas. Eran las costumbres alimentarias de un rico tacaño. A horcajadas, bien sujeto a su montura de madera, la mirada del tío Liborio, aunque siguiera siendo traviesa, se había cubierto ahora por una pátina de agua turbia.

«Te veo muy bien, granuja, a ver si te vienes al pueblo a jugar al fútbol con los muchachos». Su voz quería ser saludable, amorosa, pero le salió abrasada por años de fumar sin pausa tabaco de picadura. Surtía afuera aventada por un aliento rastroso, bronquial, con la novedad de un repunte de amarga tristeza. Aunque sospechara que ahora mi tío se me

presentaba casi como un desequilibrado mental, insociable y a dos pasos del desahucio, aunque me repugnaran sus rarezas, su dentadura hasta arriba de sarro y nicotina, aunque ya me amenazara un amago de arcada viéndole persistir en su toqueteo de las sardinas, a pesar de todo eso me gustó que alguien en aquellas circunstancias se mostrara dispuesto a no esconder el fracaso propio, a no disimular el desecho en que le habían convertido la soledad, el pueblo y la manía de la taxidermia.

Polos de marca muy bien planchados, caras perfumadas, limpieza, pieles brillosas en su punto justo de hidratación: después de contemplar aquel desfile de tonsuras bruñidas y camisas de seda, faldas plisadas y magníficos pantalones, mi mirada, ahíta de todo ese despliegue de salud y éxito, descansó a gusto sobre el muestrario de bajeza humana que representaba a conciencia mi tío. Simpaticé con su timidez, con su negativa vergonzosa de pasar al salón, el mismo apuro, supongo, que mi madre sintió por él nada más verle, retirándole pronto a la cocina para que nadie se escandalizase.

Yo me sentí acompañado con el desaliño del viejo, con su actitud huidiza, por preferir aquellas infames sardinas a los licores, el café y la bollería de mamá. Sólo por llevar barba de dos días, áspera y cana, en aquella tarde en la que en el salón azul de mi madre todo encajaba con piedad en una armonía deliciosamente hipócrita, sólo por eso le habría dado dos fuertes besos en la frente a mi tío Liborio.

Sentí un gran deseo de que me pellizcase de nuevo, que tirara fuerte, que hiciera presa con los dedos en la carne del muslo, como cuando siendo niño, allí en la bodega, sacaba la punta de su lengua y se la mordía achicando los ojos con ese histrionismo feroz que tanto me hacía reír mientras se pringaba la bata azul mecánico con el jugo, la pluma y las motas de sangre seca de un gallo muerto.

Recordé que mi tío solía aparecer caminando al fondo de una era de su propiedad, ya en desuso, donde los chiquillos

jugábamos al fútbol. A comienzos de junio llegaba paseando desde el pueblo con su gorra campera de cuadros grises bien calada, las manos echadas atrás y un artesanal cigarrillo de picadura colgándole de la comisura de los labios. Subía y bajaba por la banda, entretenido con la disputa caótica de los críos alrededor de un balón rojo. Sin árbitro ni coto de tiempo, eran encuentros celebrados dentro de un espacio de límites difusos en un ambiente de plenitud perfecta, la era, la infancia, el campo, la tarde.

Algo colgaba entonces del techo del cielo al alcance de las pequeñas manos, como mil racimos cuyo fulgor alucinógeno enardeciera a los niños, los excitase al saber confundidos sus gritos y su juego con el zumbido sordo de la eclosión de la cosecha, con el ajeteo de los aperos y los motores, con las voces rudas de los hombres en la brega constante de sus afanes. Esa euforia compleja nos hacía correr sin pausa en un deseo de chuparlo todo a cada golpe intenso de pulmón. Con verdadera ansiedad tragábamos, hasta sentir seco el gollete de la garganta, los olores buenos junto con los malos olores que flotaban en el aire cálido de junio.

Las nubes de polvo saturaban nuestro olfato, pero entre aquellas vaharadas de los campos de labor nos llegaba el oreo del cereal sajado por el giro mecánico de las cuchillas, y todo eso se mezclaba con la hediondez de una fosa séptica y con los golpes de viento tamizado a través de las copas del monte de pinos cercano. Podía recordar con asombrosa fidelidad la peste de aquella inmundicia y el rastro perfumado de la siega, y su lío en la cabeza excitaba mi deseo de que comparecieran a la vez, como en un mosaico polícromo, todas las imágenes del pasado.

Esa tarde, en mi casa, el recuerdo de aquel teatro de niños felices suponía para mí un alivio muy precioso. Hubiera querido que uno de esos partidos de fútbol infantil no terminase nunca, que en lugar de sentir la opresión de tanto abrazo de consuelo por mi cárcel aún hubiese podido continuar en

aquella era una disputa inacabable entre chiquillos. No abandonar nunca la carrera tras el balón de cuero rojo mientras a mi alrededor los hombres ceñudos se aplican en la cosecha eterna de un grano que no para de brotar, ese era mi deseo, porque en esa obsesión por el gol que me ahogaba residía toda la fuerza para vencer y amar, y también la que se requiere para pedir misericordia y dejar que, tras el yerro, la risa pueda volver a la garganta.

Cercana ya la noche, vencidos por el cansancio, los jugadores nos tirábamos sobre un ribazo, y al desplomarnos se nos pegaban en la espalda las bolillas cagadas por las ovejas. Boca arriba, mirábamos fascinados la fusión de los matices cálidos del firmamento. Eran como láminas de vapor celeste coloreadas en la libreta escolar de una niña sabia. Los arreboles de fuego tardío del ocaso se mezclaban con el azul cobalto, y la gran mancha violeta del noreste crecía hasta parecer el borde acantilado de un país ignoto reclamándonos con su promesa de aventura y tesoros ocultos en el horizonte. ¿Iría alguna vez allí, junto al compañero más arrojado, leal y hermoso?

Dábamos entonces rienda suelta a la risa; todo tenía su gracia, hasta mi tío Liborio volviendo a su casa con el perro carreto, donde quizás ya recortaran cable desde la cama turca. Boca arriba, nuestra mirada se perdía hasta darnos vértigo, muy en lo alto, a cien metros o más, ascendiendo con el vuelo infinitesimal de los vencejos. Escuchábamos a nuestro alrededor cómo regresaban a sus corrales los tractores verdes con las luces encendidas, y alguno, sin que nadie lo viera, aplastaba una bolita de mierda de oveja entre sus dedos para luego llevarse a la nariz y embriagarse con su peste.

Los motores estallaban en la lejanía con un nerviosismo bélico, muy agudo y preciso, aunque a veces se podía escuchar por una vereda próxima la explosión hueca de algún trasto viejo, sin cabina, dando sacudidas tan fuertes que hacían saltar al conductor como a un monigote de feria. Cómo excita la memoria el recuerdo de un aroma grato, pero lo cierto es que

con el mismo poder la invoca una miasma. Las afueras del pueblo apestaban por las emanaciones de un canal de desagüe, pero con ellas también se mezclaban el olor de la gasolina y el aceite quemado de los John Deere, el tomillo, las espigas sajudas y el romero. «Me quedaba a dormir aquí» susurraba uno de ellos, con los ojos semicerrados, y sucedía que nos íbamos poco a poco abandonando a una sensualidad delicada que nos subía desde la hinchazón de los muslos.

A esas horas, casi con la noche encima, el tío Liborio se alejaba entonces de la era con paso firme. La tía Amalia comenzaba a tirar con energía del cable, a recoger carrete desde su cama turca repleta de cojines seriados con escenas de Arabia; porque los tres gatos malos y zalameros, acurrucándose de gusto en su regazo, maullarían al oído de la dueña con los ojos entornados, «miauuu, que dé ya la vuelta el viejo zascandil, miauuu, que ya se vuelva».

Luego regresábamos nosotros, con el mutismo propio del que abandona el juego en la más feliz de las extenuaciones. Habría una sonrisa en la cara de la madre a pesar de los pantalones cortos manchados de tierra, la cabeza polvorienta y la costra de sangre infantil pegada al codo.

III

A una sardina enrojecida por la salsa aceitosa siguió otra, y otra más que mi tío engulló chuperreteándose de gusto los labios sin cortarse un pelo. Presenciar el banquetazo de sardinones me estaba revolviendo literalmente las tripas. La camisa gris de algodón gastado, la chaqueta de pana negra y los modales de aquel viejo solitario me producían en el fondo verdadera lástima, y pensé que mi madre no había actuado correctamente, que su deber para con el esposo tímido y avaro

de su tía la obligaba a presentarlo ante los demás, aunque hubiera llegado a aquella casa desaseado y dejándose acompañar por un perrazo oscuro y careto que no cabía por la puerta. No estuvo bien que se avergonzara así del tío Liborio, que lo escondiera en la cocina con la excusa de ponerle a merendar una conserva.

«Tío, vente conmigo al salón y te tomas un café con leche», le dije, resuelto a no verle apurar el caldo de la lata rehogándolo con la molla del pan que arrancaba a pellizcos con sus dedos de sarmiento, dispuesto también a que todos sintieran el asco verdadero que mi madre quiso evitarles escondiendo al tío Liborio en la cocina.

«No, no, si aquí estoy bien» se resistía, consciente de que era un anciano pueblerino, mal vestido, sin mundo ni maneras y que no podía llegar, plantarse sin más ante las visitas y salir airoso de la situación. Pero yo le cogí de una mano decidido a llevarle ante ellos, dispuesto a que mi madre, mi padre, todos sintieran el asco que merecían sentir; iban a saber lo que era asquearse de verdad cuando nos vieran entrar cogidos de la mano al tío Liborio y a mí, y por delante, abriendo la marcha con un movimiento entusiasta de su gran cola peluda, al ton-taina de su perro.

«Venga tío, si están todos deseando saludarte». Le quería dar ánimos, pero él se me rebelaba tozudo ante la mera idea de mostrarse en público, y daba tirones flojos de anciano, intentando zafarse, agarrándose a la silla, luego a un picaporte, haciendo una traba con la pierna y el quicio de la puerta de la cocina, todo un esfuerzo inútil que hacía crujir peligrosamente su esqueleto al oponerse al ímpetu y cabezonería de mi juventud. «Que no querido, que no quiero molestar a nadie, déjame, pijo» protestaba. Conforme nos aproximábamos iba creciendo perceptiblemente el rumor satisfecho de la familia, sus carcajadas, los comentarios felices, las ganas enormes de vivir, abrazarse y charlar de cualquier cosa. Mi tío cabeceaba contrariado, tosía intentando anunciar así el arranque de un

ataque de cólera para el que le faltaba fuelle. El perro, muy alegre, sí que se nos adelantó a los dos. Meneando la cola como un poseso, pronto dio muestras de una gran ansiedad por saber qué se ofrecía entre aquella concurrencia que olía tan bien y tan variado.

Irrumpimos finalmente en un salón mucho más abarrotado que cuando lo abandoné. En pocos minutos se había congregado allí todo un gentío y, aunque mantuvieron las ventanas abiertas durante mi ausencia, una atmósfera ensuciada por la mezcla del humo de tabaco, el flujo de los cuerpos y los significados desapacibles del habla, desdibujaba ahora los perfiles acentuando el grosor de los bultos, como si al marcharse Ismael, el excarcelado, todos se hubieran dedicado a fumar más todavía, libres de cualquier presencia incómoda, a sudar, a beber licores con prodigalidad, a consumir ansiosos café y pasteles.

No había ni un hueco por el que ir evolucionando entre los corrillos donde decenas de invitados, entre chupetadas satisfechas a los grandes cigarros y ruidosos sorbos al café, parecían rivalizar en optimismo y gesticulaciones bienhumoradas. Pensé que nada más plantarnos los tres allí todos iban a guardar un silencio reprobador. Nada de eso. Algunos nos miraron con una sonrisa simpática y esquiva, y todos en general siguieron charlando como si no hubiera comparecido la pareja y el perro más estrafalarios que jamás vieran sus ojos.

De la mano crujiente y llena de pecas de mi tío, y seguido de cerca por Napoleón, les fuimos saludando. Qué tal Ismael, hombre Liborio, cómo tú por aquí. Pasábamos a otro grupito, y lo mismo. El viejo, cansino, asentía a todos con sus ojillos turbios y una mueca espantosa, la pretendida sonrisa complaciente de un recién llegado. Asmático como era, lo estaba pasando fatal. A ojos vista le fallaba el flujo de aire, y así se asfixiaba a medias por efecto del calor y la vergüenza.

Saludamos a tres o cuatro empresarios de la carne, y a don Jaime, un sacerdote de complexión simiesca y absoluta-

mente calvo, un amigo de la casa, nuestro cura familiar al que tuve que ver desde niño cómo oficiaba con desfachatez unas misas que constituían todo un espectáculo insólito. Era un armario de huesa ancha y musculatura recia, cubierto por una sotana inacabable desde el alzacuellos a la punta de sus zapatos negros que le reforzaban con una punta metálica, un hombre que, encaramado como un gran mono al púlpito, aterrorizaba a sus beatas recriminándolas con aullidos animales. También dijimos hola a diez o doce primos, a una pareja de concejales dispépticos y a un abogado vestido como para intervenir de inmediato en una película de Scorsese.

El rostro de mi tío iba adquiriendo una coloratura violácea, y yo, preocupado por su constante desazón, cada vez me mostraba con mayores ganas de reivindicar a aquel ser ínfimo y a punto para el desahucio. ¿Acaso no le prestaban el trato que merecía por su conocida afición de toquetear animalejos muertos metiéndoles el dedo por la cloaca? Sin comprender ni media de por qué le obligaban a aquel suplicio, mi tío Liborio me miraba a los ojos con angustia creciente mientras hacía decididos intentos por liberarse. Avieso, siempre atento a las malas intenciones ajenas, debió temerse lo peor, que su sobrino le estaba avergonzando pública y gratuitamente por alguna razón espúrea. Era natural que no quisiera quedar malparado despertando ante la concurrencia un asco general y profundo que yo, por las razones que fuesen y que él no tenía por qué compartir, sí que buscaba. Así que mi tío Liborio, sin poder soportar aquella situación ni un minuto más, con un salto desesperado logró al fin soltarse de mi mano dando un tirón con la suya aunque con tan mala fortuna que, fallando en sus cálculos de agilidad y resistencia, dio un traspiés espectacular.

Rebotó en las espaldas gordas de un invitado que, a su vez, derramó su taza de café sobre otro que en ese momento le celebraba con una sonora carcajada una anécdota taurina rematada con un olé y la simulación de un pase. El viejo crujió espantosamente, como si llevara escondida entre sus ropas

una carraca verbenera. Le sujetamos entre tres o cuatro pares de manos solícitas y viendo cerca a mi padre le hice un gesto para que acudiese en nuestra ayuda porque el tío podría tener alguna fisura, esguince o fractura seria. Sucedió sin embargo que se me extravió entre dos señores de trajes azul oscuro y unos hombros inacabables. Miré con ansiedad en dirección al lugar donde le había perdido de vista pero durante unos segundos fue como si se hubiera echado al suelo ante el anuncio de una explosión de gas, o anduviese buscando una aceituna llena de pelos bajo las faldas de una mesa camilla. Le localicé un poco más tarde en un extremo alejado del salón. Con un alarde sofisticadísimo de urbanidad, mi padre simulaba no vernos. Obviando los llamados de socorro que yo le hiciera con grandes aspavientos, pasaba de un grupito a otro con un saber estar que yo le desconocía, comentaba cualquier circunstancia con un diplomático floreo, sin alharacas, y, disculpándose con una ligera excusa, en un suspiro se esfumaba de mi vista.

Mosqueado por aquella actitud retorcida sostuve con fuerza al viejo que, tras el golpetazo, ponía cara de estar ausente, y viéndole con aquella estampa me cabreaba aún más constatando cómo todos seguían mirándonos al trío con una calculada y distante simpatía. Ya estaba empezando a hartarme de aquella carga y del maldito perro hocicudo y lamedor cuando de pronto escuchamos el grito al fin asqueado de una chica, «¡mi falda plisada!», y otra voz de mujer, esta más madura aunque entonada con igual carga repulsiva, «¡ay la salsa en tu camisa Luis Ramón!», y caí entonces en la cuenta de que mi tío llevaba cogida de una mano media barra de pan que no se olvidó de agarrar, con excelentes reflejos, al sacarle a rastro de la cocina: del corte le chorreaba copiosamente la salsa roja de la conserva.

Todos comenzaron a mirarse la ropa, a olérsela, porque en efecto, mi tío les había ido pringando conforme era arrastrado a la fuerza por su sobrino entre los corrillos.

«¡Por Dios y por Judas, pues no me ha manchado a mí también la sotana!» se escuchó de repente el alarido dolorosamente agudo de don Jaime, una voz que penetraba, punzando muy adentro, hasta herir los tímpanos, y que salió proyectada de su garganta como el pito de un tren. Nos acojonó a todos con esa imprecación un tanto inaudita en un sacerdote, en la que además le iba a caer, quién podría ponerlo en duda, una blasfemia bien gorda, «¡me cago en Dios!», creíamos todos que soltaría a renglón seguido, porque pensábamos que era inevitable, casi lógico en el vocabulario de aquel cura por la sucia irreverencia con la que se conducía en las cosas sagradas. Pero no fue así, aunque todos supimos que habría sido capaz de hacerlo, sin escrúpulo ni respeto alguno al ministerio que representaba con un alzacuellos que bien podría haber servido para uncir a un buey. Y lo que escupió realmente al ver mancillada su sotana fue «¡ime cisco yo en el perro de los cojones!!», con el grito potentísimo de un mono enloquecido de asco ante el extraño que viene a defecar en su rama. Fue un alarido selvático, el llamado vociferante que concita y aún el escándalo y que precede a la lapidación pública de una adúltera, ese grito que surge en ocasiones desde la entraña más negra de la Biblia. Y un alarido así, de tamaño fuste y resonancia, estaba siendo gastado, qué cosas, para enmierdar al pobre tío Liborio y a Napoleón, un chucho careto y viejo que olía a pelo húmedo de chucho. «¡Por los clavos de Cristo, qué pestazo a sardinas que va usted dejando, Liborio!», vociferó de nuevo, y agregó otro alarido más con muchísimo imperio, «¡icoño!!». De inmediato se hizo el vacío alrededor de aquel mono rabioso. Congestionado por una ira creciente, las venas del cuello se le hincharon, gordas y negras como las culebras de un pozo. Todos nos cagamos de miedo. Qué imponente estaba con su cráneo calvo y cómo se granjeaba con su violencia y sus blasfemias el respeto de los hombres vejando a esos mismos hombres.

Pero el cura se mostraba ahora cargado de tal obscenidad en sus maneras, había mirado con tal insolencia a mi pobre tío Liborio culpándole de todo lo vil y bajo de este mundo que al fin me fue mostrada la naturaleza del verdadero asco que yo parecía haber buscado despertar esa tarde entre los invitados. De inmediato, don Jaime se convirtió para mí en el objeto de mi admiración porque, pronto, en aquel ágape de débiles hipócritas se propagó por contagio moral un murmullo de desaprobación contra el tío Liborio y su chucho careto. Todos dieron la razón al sacerdote, compartieron el fondo de su ira, y comenzó un ir y venir nervioso de invitados y una súplica de ayuda a las mamás. Se formó un bullicio de cinco o seis niñas en el baño para frotarse con agua y una toallita en las manchas mientras en el salón el resto comprobaba el estado de sus ropas. Algunos se quitaban la americana, la alzaban y hacían girar al aire para olisquearla después poniendo caras raras por si se les hubiera quedado en la urdimbre del tejido un mínimo rastro del olor penetrante de las sardinas, de la peste acre del viejo o del mismo perro. Porque Napoleón había estado lamiendo todas las manos incautas al alcance de su lengua, coleteando y restregándose entusiasmado contra las piernas muy bien vestidas de los invitados.

Ya nadie tenía verdaderas ganas de sonreír, sino que las ganas eran las de abominar de aquella reunión, pero sonreían a pesar de todo, y sobreponiéndose siguieron charlando en un alarde encomiable de represión del asco. Así, surgieron en las caras molestas e indeseables líneas duras cincelandos muecas de adusta contrariedad, pero sobre las que pronto emergía un rictus bondadoso motivado por la lástima hacia aquella familia marcada por mi crimen. Habían acudido a aquella casa a dar lo mejor de sí mismos, a abrazar, a mimar al excarcelado y a sus padres, ofreciéndoles un hombro, una sonrisa, apoyo moral, y mira qué cosas, se iban a marchar de allí con la ropa pringada de caldo de conserva y el olor del chucho bien impreso en la piel. Y sonriendo, a pesar de todo.

Nos quedamos el viejo, el perro y yo clavados en el centro del salón, a la expectativa, sin capacidad para reaccionar mientras veíamos cómo dos de mis tías, ayudadas por una chica, se inclinaban para echar unos polvos blancos sobre la sotana inacabable del cura. Impaciente con el trajín de las mujeres en su sotana le pegó fuego con una llama espectacular a la punta de un habano. Pronto, su cráneo completamente calvo se perdió de mi vista oculto tras una densa humareda.

Mi padre se fue a contar viandantes mientras se fumaba un cigarrillo apoyándose en la larga baranda que unía sus tres magníficos balcones. Mi madre, sorprendiéndome por detrás, me arrebató al tío Liborio con la energía propia de una madre que tiene un buen enfado y se lo llevó hasta la puerta de salida. Allí le dio un abrazo muy fuerte y una ración estimable de pequeños y continuados besos. «Ay, qué se le va a hacer... las cosas son así, hija mía... así son las cosas...» mascullaba el anciano haciendo crepitar sus cervicales. Se despidieron llorando de corazón, «dile a la tía que estamos bien... que ya iremos a verla un día de estos».

Yo me dirigí al piso de arriba, a un cuarto de aseo lejano, donde me sumergí en una bañera llena hasta los topes de agua hirviente.

IV

Vuelo Nocturno, de Antoine de Saint-Exupéry, fue mi lectura preferida durante aquellos días convulsos. El protagonista, Fabien, se extravía a los mandos del avión correo de la Patagonia en una noche de tormenta. Su pérdida crea una gran ansiedad entre todos los que le aguardan. Aquella historia me hacía pensar en la existencia de un último refugio y no era infrecuente que me dejara llevar, con ese libro bien cogido

entre mis manos, a un absurdo estado de felicidad catártica desde luego que impropio de mi situación real.

Aquella tarde, dentro de la bañera, me puse a releer otra vez el pasaje de la tormenta. Llegué a imaginar que con el malogrado piloto me unía la visión mística de un presente heroico donde reinaba la más absoluta oscuridad, la lucha con la borrasca más negra e implacable bajo el temor de que el huracán finalmente nos abatiese, de que, esta vez sí, la tragedia fuera a ser consumada.

Y Fabien, y yo con él, exclamaba, «si pudiese, nadaría como un loco hasta llegar al día», porque, como él, no podía sufrir una sensación de mayor abandono. Qué feliz hubiera sido de compartir ese final trágico de pega literaria. Pero descubrí que mi deseo era mucho más simple que eso. No me habría hecho falta aplacar la potencia infernal de la borrasca para que las estrellas me guiaran de nuevo con su brillo, ni con el poder de una docena de dioses menores detener los vientos, ni desviar la tormenta con un manotazo ciclópeo de la ruta de mi avión postal: me habría bastado con ser abrazado por un cuerpo que despide un grato olor, que me apretasen al fin esa tarde contra un pecho sereno y generoso del que no pudiera esperar ningún reproche. Pero, claro, qué sabía yo, qué sabía Fabien de lo que nos aguardaba si delante de nuestras narices tan sólo estaba presente lo oscuro, lo impenetrable, si ante nosotros tan sólo se erguía un horizonte alto y firme como un muro celeste de piedra negra.

Mientras chapoteaba inquieto dentro de la bañera, en mis oídos retumbaban con un gozo particular los alaridos insolentes, las salidas procaces y blasfematorias del cura fachón.

3

LA CENA

I

HAY QUIEN NO SÓLO se empeña en calarse hasta la médula de los huesos exponiéndose sin protección a la tormenta, sino que, saliendo al campo con los brazos en cruz y los ojos dirigidos al cielo, parece querer retarla buscando caer fulminado por la punta de un rayo. Así, lo peor que pudo hacer mi madre fue contrariar sus recelos más íntimos y, tras dar la aprobación a la gran cena que todos le insistieron en organizar, unirse a sus hermanas y a sus cuñadas para limpiar el escenario donde se celebraría, la casa deshabitada de la abuela. Iba a ser una ocasión, le decían, para compartir juntas la preparación de esa fiesta de los sentimientos que las embargaba.

Mi madre quería ayudar pero ellas se lo impedían. Le quitaban el trapo del polvo de entre las manos, el cepillo, el estropajo y le bloqueaban la entrada de aquella cocina enorme. «No te dejaremos pasar» reían, y mi madre volaba a por un trapo, y se lo arrebataban otra vez, cogía entonces a todo correr el palo de una fregona, y lo mismo, le empujaban juguetonas las

tías, «no te dejaremos limpiar», y se dirigía entonces mi madre a sentarse sobre el sillón preferido de su padre, ya muerto, el sillón negro de orejas cubierto por una vieja manta escocesa.

Sólo era un instante de aparente descanso en aquel sillón siniestro, sobre esa manta que usaba su padre para taparse las piernas. En seguida levantaba la mirada trasera y esquinada al llegarle de nuevo el trajín feliz de una docena larga de hermanas, cuñadas y sobrinitas, y entonces se dirigía a mí sin pronunciar palabra, en realidad sin mirarme siquiera a los ojos pero fijándose en mi boca, y parecía preguntarme «pero tú qué haces aquí, por qué me has seguido como un perro faldero hasta la casa de mi madre, por qué me observas con esa cara mientras descanso en el sillón de orejas de mi padre».

A mí me daban abrazos, caricias, besos, mientras se escuchaba al fondo a Marifé de Triana desde un viejo tocadiscos, íntima y exaltada. Mi madre se quería convencer de que aquella cena era una idea buena, algo que ella, su marido y su hijo merecían, pero de eso no era posible que se convenciera porque sabía que allí nadie se merecía una fiesta, y mientras le asaltaban esos pensamientos se acurrucaba en el sillón de su padre, un hombre de obsesiones, reiterativo hasta la zafiedad, que odiaba a los gatos y se complacía con la lectura de un periódico derechista de amplia sección necrológica a la que dedicaba horas tapado hasta la cintura con su manta escocesa.

Lo curioso fue que a la vez que los ojos se le ponían a mi madre violentamente huidizos, hasta que casi se le desnucaba la mirada, se lanzó desde el sillón orejero a tararear una de las canciones de Marifé y así, a coro junto a las demás, canturreaba, «¡i por mi salud yo te juroo, que eres pa mí lo primeroo...!», y me alegré de veras, pero entonces, sin que hubiera remedio para ello, la lógica de la letra siguió con el implacable desahogo de la folclórica, «¡ino se me importaaan tus caaaanass ni el decir de los demásss...!» y ahí se cortó de golpe su alegría, por el sentido de esa letrilla, u otra cosa cualquiera, por ejemplo al observar la gracia juvenil de sus sobrinas afanadas en la lim-

pieza de los suelos. Entonces se dejó llevar por una gran tristeza, entrando en otra de esas complicadas fases depresivas que acentuaban su ya agitada observación de las cosas. Nerviosa, se incorporaba un segundo, daba tres pasos y volvía a sentarse en el sillón orejero, desesperándose por dentro al verme allí, en el centro de la cocina recién fregada, molesta por la energía desbordante de aquellas mujeres, desabrida al oír cómo revoloteaban a sus espaldas dando rienda suelta a sus ganas de rozarse unas con otras, de tocarse mucho y con ansia.

Nada podía reconfortar a mi madre, porque yo estaba allí, claro, un chico extático hasta la imbecilidad en el centro enladrillado de la cocina de la abuela, como un loco repleto de miedo y dudas. Pero lo que más me inquietaba era la comparación con mis primas, que primero las mirara a ellas y luego se fijase obsesivamente en el hueco de mi boca semiabierta. A mí, con esa detenida observación me recordaba lo ambiguos y dulces que eran mis labios, y al contemplarme con aquella tristeza torcida, con ese mirarme a la cara sin mirarme a los ojos, yo me preguntaba qué tenía yo que ver con ellas, y me preguntaba también «por qué no me sitúa al lado de la suerte de mis primos que han entrado antes con unos cubos de nata, con unas cajas de puros habanos y botellas de licor, o al lado de los otros muchachos que trajeron las piernas de cordero del Matadero Frigorífico de papá», por qué, seguía preguntándome, me compara sin embargo con la suerte de mis primas, por qué se deprime al verlas tan pizpiretas, limpiando, toqueteándose, riendo, y después va y mira dentro de mí, a través del orificio franco de mi boca estúpida, y sufre al reconocer lo de adentro como suyo, la entraña, la sangre y el palpito interior del hijo, el de los ojos empavorecidos y los labios ambiguos.

Todo esto era para mí un gran fastidio. Y me preguntaba, al ver lo mala que parecía, «¿es que no quiere darse cuenta del enorme cariño con el que las tías me agasajan, que esas ganas de reír no serán por completo perversas, que pasa una de mis tías con un trapo cargado de polvo en la mano y me da un

besazo en la mejilla, pasa otra tía y me apretuja contra su pecho, y una prima me hace una gracia rascándome en el cogote tan simpática que me emociona de verdad, y otra más me acaricia la mejilla y exclama “qué suaveeee”».

Pero mi madre, incapaz ya de soportar aquel disparate, estiró ligeramente los dedos de las manos contrayéndolos después para hincar las uñas sobre los brazos del sillón. Y, cerrando por un segundo los ojos, estalló con un vigor salvaje, «¡¡a quién se le ocurre hornear el cordero con galantina de nata y cabello de ángel!!, ¡¡ni al que asó la manteca se le habría pasado por la cabeza!!». Nos dejó a todos de una pieza. Sin dirigirse a nadie en concreto siguió con un leve runrún en la misma línea de su argumento primero, como las gotas solitarias y gordas que, tras el trueno seco, hacen saltar el polvo de la calle mientras avanzan la gran tormenta que ya se cierne en el horizonte. Que qué era eso del cordero a la nata, rumiaba, goteaba, y mis tías, ya recuperadas tras el susto, al oír aquel muele que muele creciente y reprobador que salía tras las orejas del sillón del muerto dejaron los palos de las fregonas en el suelo, los trapos descendieron de entre las nubes de polvo como pájaros cansados de volar y corrieron todas a aplacarla con los brazos echados por delante.

La tía Marieta, una de sus hermanas, alta, de cara hinchada y fea, una de las que hasta ese momento más felices estaba, le dijo, mientras corría hacia ella, que no se preocupase, que retirarían toda la nata que hiciese falta, que asarían el cordero sin un gramo de nata ni un pelo de cabello de ángel. Se abalanzó sobre mi madre por detrás del sillón y, sujetándole el cráneo con ambas manos, comenzó a besarle el pelo seco de la nuca. Estaban allí para reconfortarla, dijo. La rodeó con sus brazos finos y fuertes y mientras le estrujaba los hombros replicaba cantarina a Marifé. Tras el susto del grito y la carrera, el resto de tías y primas se habían acoplado a mi madre con una suavidad natural, como si conocieran de antemano su lugar perfecto en aquella escena compasiva. Algunas posaron

erguidas, acariciándole los brazos, pero otras prefirieron buscar acomodo en el suelo desde donde le besaban las rodillas para absorber un dolor sutil que, como un espíritu punzante, parecía manar de sus huesos. Una de mis primas le cogió una muñeca y la mantuvo en el aire durante unos segundos, como una psiquiatra que comprobaba el palpito desequilibrado de su alma; mientras, dos tías más, acomodando sus culos en los grandes brazos del sillón, jugaban delicadamente con las perlas de su collar contándolas una a una. El conjunto respiraba una intensa emoción piadosa, como el que desprenden las modelos de un cuadro holandés de estructura clásica. Mi madre, liberando sus brazos de tantas manos solícitas los echó para arriba y acarició suavemente los mofletes de la tía Gabina. Esta se dejó caer desde atrás y sus mejillas se juntaron en una contorsión complicada de los troncos. Lloraron juntas, y se pusieron todas a cantar a coro una estrofilla de Marifé.

Pero me preguntaba yo en aquel momento a quién se le habría ocurrido asar el cordero con esa galantina, que quién ha visto a un cordero asado con cabello de ángel y nata antes de que alguien sugiriera la idea de aquella asquerosa cena. Sí, me puse del lado de mi madre a pesar del disgusto profundo por haberme comparado con mis primitas. Claro que el problema no era la galantina, ni el mismo cordero, no, ése no era el problema, no era ese el quid de la cuestión, porque ningún menú, ninguna receta, por muy tonta, moderna o esnob que fuera, podría haber explicado el desaliento de mi madre. Sentada en aquel sillón de orejas, estaba siendo reconcomida a gran velocidad por la angustia que le procuraba su deseo de impedir algo en lo que, de hecho, con su presencia en la casa de la abuela, estaba colaborando. Era presa de un deseo agónico, de querer decirles lo que no podía decir, enfermando de impotencia, incapaz de soltar a voz en grito que en lo más hondo de su alma apostaba por que nadie fuese a celebrar nada porque nada había que celebrar, aquella ni ninguna otra noche en adelante.

II

Pero sus verdaderos pensamientos, su abominación íntima por aquella fiesta, mi madre no llegó nunca a proclamarlos, de forma que, a lo largo de la tarde, se fueron multiplicando los manjares en la despensa de la abuela como flemas en el seno de una boca enferma. A eso de las seis de la tarde comenzaron a llegar canastos enteros de barras de pan de leña espolvoreadas con grumos de harina cruda. Al apretarlas por el centro crujía su corteza tostada, expeliendo todavía el calor del horno vespertino desde la entraña de su molla tierna. Luego, en un camión refrigerado, trajeron dentro de grandes bandejas de aluminio los cuartos de cordero del Matadero Frigorífico de mi padre. Me fijé en que estaban bañados en su propia grasa blanca y que esta se había endurecido por el frío. Habían sido horadados con balas compactas de cebolla, y algún experto cocinero, paciente y hábil como un orfebre, los fue también troquelando con obleas de ajo tan pegadas a las paredes del lechal como los borbotones de caramelo en los surcos de una torta apastelada. Detrás del cordero se erigieron pilas de cajas rebosantes de fruta fresca, bien madura, cajas de olorosa madera conteniendo melocotones, uvas, manzanas, plátanos, al lado de ristras de embutidos a punto de reventar, tripas de piel traslúcida rellenas de carne coloreada de rojo pimentón, y más tripas rellenas de sangre y magro gris trufadas con tocino cortado en dados de nieve pura.

Todos aquellos manjares eran para celebrar mi recién estrenada libertad. Debía estar satisfecho, y lo cierto era que la acumulación creciente de las viandas, cada vez más abultada y caótica, alegraba de veras mi espíritu. Colgado de la pared pendía un collar de cebollas recubiertas de pan de oro. Era para mí un deleite ver el resplandor delicado de esa joya natural y, al admirarme de su belleza, me acercaba al estado de contemplativa mansedumbre al que nos arrastra siempre la vi-

sión de un trozo de naturaleza muerta. Al lado de las cebollas se amontonaban diez ristras al menos de ajos nazarenos, de dientes gordos y abiertos como granadas a punto de reventar. Qué espectáculo para agrandar la sensualidad del apetito en una celebración que mis tíos querían que fuese la más explosiva y sincera.

Cómo no iba a disfrutar de aquel vívido bodegón de los estantes de la alacena de mi abuela, un cuarto antiguo, alto y fresco, atiborrados de bloques de pastelería selecta escupiendo por sus extremos una sustancia pegajosa de color amarillo reflectante, y cómo olvidar los anaqueles con cenefas bordadas a mano cargados de nata para el cordero, y más nata con paredes de hojaldre para elaborar los más deliciosos postres, además de la confitura helada y los rosarios de perlas verdes de azúcar y rubíes rojos de escarcha gelatinosa que amenazaban con hacer saltar por los aires la puerta del congelador.

Llamaban una y otra vez a la puerta, y aquellos montones de masa de fermento de levadura, patas, merengues, frutas, pechugas crudas, leche cuajada, madejas de huevo hilado, dulces y hasta cangrejos fluviales deslizándose vivos por los bordes de un cesto, toda esa plétora, toda esa crema de la vida crecía sin que nadie fuera capaz de decir basta, de poner coto y remedio a aquel exceso que atestaba la alacena con una riqueza cromática sin parangón, un cuarto que a esas alturas olía intensamente a azafrán, río, ajo y horno.

Con el vivo ajeteo de la tarde resultó que mis tías, seducidas como yo lo estaba por todo aquel espectáculo delicioso que despertaba nuestra gula más impertinente, se olvidaron de mi madre. No sé si se quedó traspuesta y sola en el sillón orejero del abuelo, o si se marchó aprovechando la confusa excitación que ocasionaron los preparativos del banquete. Yo también me olvidé de ella, y, de hecho, pasó bastante tiempo hasta que reparara de nuevo en su presencia.

III

Así que hubo cena, y tal y como mi madre se rumiaba, como yo me temía, pues aquello resultó un desastre de cena, y no porque faltara el apetito o las ganas de celebrar. Todo fue comido y bebido con una discreta ansiedad. Hubo alegría, aunque contenida ante el espectáculo de mi padre derrotado, un deseo reprimido de jolgorio que sólo se desató al finalizar los postres. Y es que mi padre, por las razones que fuesen, decidió enmudecer. Simplemente se encerró a cal y canto en un autismo impropio de un cabeza de familia. «Esta noche no hablo» se ve que se dijo, y nada, no hubo manera de que abriese la boca. Lo sentaron próximo a mí, pero no exactamente pegado, y yo me preguntaba por qué no me habrían puesto junto a él, quién tomó esa decisión, quién nos quiso separar de esa manera absurda que incitaba un poco a la risa tonta. Lo cierto es que cuando, después de tomar los postres, todos salieron de allí, había entre él y yo una silla vacía, caída en el suelo, y aún otra más, vuelta del revés. Incluso una tercera que no sé de dónde salió. Al irse con sus bebidas a la terraza, lejos de nosotros, dejaron muchas sillas caídas y colocadas en un desorden que era en realidad un orden estrictamente racional. No es que fuese una disposición cualquiera, no, había allí una gran sutileza, un orden para aparentar desorden, un orden de las sillas y de la mesa del que se podían extraer algunas conclusiones y casi todas me conducían al final de un chiste. A mí no me cabía duda de que las sillas caídas, o vueltas de espaldas a la mesa, habían sido dejadas así con un deseo deliberado de crear un ambiente feliz. Pero las pistas sobre ese sentimiento de exaltación vital que se quiso disimular ante mi padre, también estaban escritas en las tazas de café apuradas, poco a poco, educadamente, pero hasta las heces, o en las cucharillas de plata vieja que manchaban con unas gotas oscuras el mantel blanco y pesado de la abuela.

Durante toda la cena, aunque me separaban dos comensales de mi padre, le quise atender a distancia elevando mi voz. Nadie se sentía dispuesto a charlar con él, y eso, que podría parecer irrespetuoso, era una actitud profundamente amable hacia el cabeza de familia. A mí sí que se dirigían todos, con alegres palabras, pero dichas casi en susurros, para no alterar demasiado el respeto debido para con el dolor del que presidía la mesa.

Miraba a mi padre, su rotunda soledad, demasiado inclinado sobre el plato del cordero que finalmente fue asado y bien asado, a pesar de las promesas que le dieron a mi madre, con galantina de nata y cabello de ángel.

Yo me levantaba de mi silla de vez en cuando, conmovido, y, salvando la distancia que me separaba de él hacía todo lo posible por incorporarle, por mantenerle en una postura decente y erguida. Lo llegué a coger por detrás, de las axilas, y a tirar de su torso, con mucha suavidad, hacia arriba. Pero no había manera, porque él se abandonaba a una gran fuerza que parecía arrastrarle a un agujero abierto entre la grasa pálida del plato.

A dos sillas de distancia, que llegaron a ser tres, elevando un poco mi voz, procuraba conversar con él, y todos me miraban con mucha aprobación ante esa muestra palmaria de mi afecto. Le expliqué mis proyectos, o mejor, me los fui inventando sobre la marcha. «Quiero escribir una novela, porque no veas qué cantidad de gente se conoce allí dentro» casi le voceé, y todas aquellas narizotas familiares asintieron ostensiblemente, aprobando en silencio mis atenciones para con él, aunque no por ello dejasen ni por un momento de masticar. En realidad, yo quería que mi padre supiese que la novela iba a tratar del amor a los hombres, y del odio a los hombres, pero claro, no podía decírselo así de fuerte, y me iba por las ramas, por las historias más disparatadas, aunque ciertas, como que si había un belga en la cocina de la prisión que me hacía unas *crêpes* estupendas, que si un abogado me enseñó alemán, que

si jugaba al ajedrez con un chico francés, un atracador criado en la *roulotte* de un tiovivo que su familia hacía girar en las afueras de París.

Pero mi padre se empeñaba en seguir mirando en el centro de aquellos bucles de grasa blanca de cordero. De pronto comenzaron los invitados a levantarse de la mesa, con orden, todavía con respeto hacia el dolor del cabeza de familia, del hermano más próspero, aunque fuese también ahora el hermano más desgraciado, para estrecharme entre sus brazos y besarme, y antes de levantarse para toquetearme con afecto se echaban a la boca una buena tajada, una patata o la cabeza de un cangrejo, estrujándola y sorbiendo su salsa con pudor. Mi padre, ante esas muestras de aprobación, de aceptación a su hijo excarcelado, en lugar de erguirse, generoso, se inclinaba más todavía sobre el plato, hipnotizado por aquellos tirabuzones de grasa blanca del plato. Mi cara debía parecer un semáforo, se incendiaba de agradecimiento y al poco palidecía al contemplar a mi padre, porque cuanto más manifestaban su amor por mí, más irritante me parecía su actitud.

Ya en los postres, estaba intentando explicarle que no veía razones para volver a la Universidad cuando dos de mis primitos más pequeños se levantaron de sus sillas a la vez, como movidos por un resorte mecánico oculto bajo una servilleta, y extrajeron una caja muy grande de entre las patas de la mesa. Entre risas espontáneas y disculpables, rompieron el papel del envoltorio y sacaron una botella enorme de champán, emperifollada con guirnaldas y estrellitas brillantes de colores. Con un aplauso discretísimo de la concurrencia, los niñitos, muy sonrientes y formales, se dirigieron en procesión hacia mí. Llevaban los niños la botella a duras penas, porque se trataba de una botella gigante, tan gruesa y alta como cualquiera de los que la transportaban. Viéndolo más de cerca, el botellón se me antojó grotesco, como la idea de sacarlo de debajo de la mesa, de comprarlo y gratificarme con él, como la misma idea de celebrar aquella cena.

El tío Luis metía sus dedos con cierta brusquedad entre mis pelos, haciéndome daño realmente, y la tía Juana estaba otra vez en la cola para volver a darme otro beso silencioso. Entonces sonó una gran explosión. La botella de champán había estallado mojándolo todo con un gran chorro de espuma blanca. Y la familia se lanzó con las copas a servirse para el brindis por el joven Ismael, «¡por tu futuro, Ismael, por tu felicidad, Ismael!!», exclamaron, ahora sí que con ganas de hacerse oír por aquel que nada estaba dispuesto a escuchar. Pero el obús de aquel cañón de gas parecía haber impactado de lleno en la frente de mi padre, tal era el tono de palidez extrema al que se había rebajado su cara. Con la explosión se levantó un runrún en la cena hasta ahora demasiado silenciosa. Todos se morían de ganas de hablar, hasta algunos de reír a mandíbula batiente, pero aquella actitud, aquella cabeza más gacha que nunca, era aún para los invitados un freno molesto que impedía el despegue de la juerga.

Pero es que yo también quería carcajearme ahora. El cañonazo me había despertado súbitamente de un sueño pasivo para con mi padre, y excitado por las tres copas largas de champán, por qué no admitirlo, decidí que al fin y al cabo nada iba a perder al reírme junto a los demás del dolor presente, al ridiculizar por unas horas todo el daño infringido y mis complicados sentimientos de culpa. Qué mal podría haber en engañarme un poco al menos y creer en la sinceridad de todo ese cariño, en la verdad de todas esas ofrendas de amor. Bebí pues en abundancia ante la propia jeta paterna, y hasta me apeteció ridiculizarle un poco. ¿Es que acaso es esa la actitud que cabría esperar de alguien que preside una cena, de quien manda en una casa, en una familia, de quien debe dar la cara con virilidad por los crímenes de aquel que ha engendrado? Con el empuje del champán se me ocurrió comparar a mi padre con una salchicha, «...ahí está, hundido, sin hombros, con la mezcla de tocino y carne blanda bajo su piel, y luego hay

que tener en cuenta su negocio de las tripas donde embute toda la casquería del matadero».

—Por qué no comes algo de esta carne tan blanca, de este cordero tan tierno, mira qué gusto tiene, si se derrite en la boca, qué terneza tan extraordinaria, si no es carne, si parece una confitura —voceé, un poco ebrio.

Mi padre, ante aquella voz alcohólica, tosió un poco, o más bien carraspeó. Parecía que iba a dejar de mirar al plato, indignado al ver cómo su hijo se emborrachaba sin recato ni pudor ante su presencia, pero qué va, se aplicó a seguir con la misma actitud, emboscado, al acecho de algo. Bebí más y más champán, y al poco daba la impresión de que la familia, y yo con ella, no íbamos a poder sujetar un regocijo sofocado con esfuerzo. Mi rostro se reprimía en muecas en sí mismas desternillantes. A los que estábamos más bebidos los ojos nos lloriqueaban y el aire lo expulsábamos a chorros entre los colmillos a cuenta de las risotadas que no terminaban de reventar en libertad. El botellón gigante se había agotado hacía tiempo. Se fueron abriendo otros, y por la mesa alguien distribuyó una variedad insólita de licores de los que se dieron cuenta, mezclados o no, siempre con un silencio y prodigalidad notables. Opté por la ginebra a palo seco, a tragos de medio vaso.

—Pero sabes qué cantidad de cariño me están dando los tíos, los primos, tus socios, lo buenos que son todos —le volví a gritar, alejado como estaba de él, con dos sillas de por medio, que llegaron a ser tres, elevando aún más la voz por la ingesta violenta de alcohol y porque el rumor intenso de la familia se parecía ya al de un río enojado por los muros que lo constriñen a un cauce demasiado estrecho. Y es que la familia se embriagaba sin remedio. De seguir así las cosas, todos íbamos a perder pronto las maneras y el respeto debido al anfitrión. Algunos comenzaron a hablar con un mayor desparpajo. «En el esfuerzo, en el sacrificio, en el estudio encontrarás el camino» me recomendaba mirando al techo, con un exceso de hidratación en las palabras mi tío Juan Pedro, un funcionario medio en

una ciudad media, y yo le miraba la boca y podía notar perfectamente cómo echaba a remojar ese consejo, con qué exuberancia empapaba las sílabas en el gollete, cómo le salían engarzadas en una gran frase inyectada de alcohol. Y su mujer me sonreía desproporcionadamente, «a mí es que el champán se me sube enseguida a la cabeza», como si le hubieran mezclado en su copita un alucinógeno de gran potencia.

Entre los comensales se había desplegado, a cuenta de la bebentina y la represión de la risa, una notable escenografía mímica. Todos jugaban con las manos. Las movieron mucho, y los hombres femeninamente, sin virilidad alguna. Los dedos revoloteaban sin parar, cifrando mensajes sicalípticos, comentarios frívolos que un tío lanzaba a otro, con expreso vitalismo, sin ningún pudor, sobre el tamaño y conformación vulvosos de un fruto exótico. Las manos de las tías se abrían y cerraban como en un cuento de sombras chinescas de final infausto. Me inquietaron sus dedos largos y flexibles batidos como alas a contraluz, uniéndose hasta conformar una partida de picos insolentes dispuestos a caer sobre la masa crítica de la víctima. Visto desde el ángulo torcido de mi posición en aquella mesa, las manos de las tías eran como una nube de córvidos revoloteando sobre la nuca muerta del anfitrión.

Poco a poco se fueron levantando todos para dar al fin rienda suelta a sus ganas de despatarrarse en la terraza. Fue un abandono muy discreto, porque se marcharon casi sin que yo ni mi padre nos diéramos cuenta. En grupitos de dos tíos y un primo, luego salía un hermano y dos tías carnales, más tarde tres cuñadas de mi madre y un socio de la carne, ahogando unas risitas, pero siempre con una botella o un vaso largo cargado de licor entre las manos. Al fin nos habían dejado solos a mi padre y a mí en aquella enorme estancia.

Qué extraña pareja íbamos a hacer días después subidos en el Citroën, camino de la Comisaría, sí, pero qué extraña era también nuestra reunión de esa noche, él sentado, cabizbajo, y yo rondándole ahora por detrás de su silla, esperando, bo-

rracho y con ansiedad, algo, una palabra, una señal, un simple gesto de padre.

«Ja, ja, ja... oh... oh... sí, síiii... ja, ja» se escuchaba fuera. Continuó en silencio. Su pecho estaba perdido del todo. Pensé que de seguir inclinándose así, poco a poco, llegaría a derrumbarse sobre la confitura helada que, como el resto de los platos, ni siquiera había probado. Sentí de nuevo la fuerza de un gran amor, pero las uñas gastadas de un gato viejo me laceraban por dentro. Con el fondo de aquel coro escandaloso decidí que yo también podría liberar mis demonios, perpetrar a solas mi propio aquelarre, escupirlo todo, clamar, llorar, estrujar la carne de aquel hombre asalchichado entre mis dedos.

—Qué ganas tienen los tíos de celebrar mi salida de la cárcel —gemía ya directamente en su oreja, echándole mi aliento alcohólico adrede sobre sus narizotas, abrazándolo por detrás para levantarlo un poco, conmovido ahora, otra vez, ante la contemplación de su desamparo.

Quería advertirle de que era por su actitud, aunque lo más honesto sería decir que deseaba acusarle de que era por su actitud, por su cabeza gacha, por su silencio cerril, por lo que se habían excitado tanto las ganas que todos tuvimos de embriagarnos.

—Papá, ¿es que no has visto cómo se han llevado todas las botellas a la terraza, que las van a apurar hasta la última gota? —le pregunté subiendo algo más el tono de voz, buscando su reacción, y, testarudo, quise continuar inquiriéndole «¿es que no puedes entender el daño que me estás haciendo con esa manía de no hablar?», pero no me atreví a escupírselo.

Le di entonces un pequeño empujón en el hombro, y aquel acto descabellado, impropio de un hijo, me dejó boquiabierto, como si me hubiese dado un susto repentino al ver en un vídeo cómo era yo mismo el que empujaba el hombro intocable de mi padre. El estupor que sentí me hizo perder momentáneamente el sentido del tiempo. Segundos más tarde, como despertando en mitad de un sueño, me descubrí zaran-

deándolo. No se puede decir que mi zarandeo fuera ofensivo o violento, aunque zarandeo sí que era. Además, terminó pronto; sólo pretendía que saliera de un autismo mental que me exasperaba, porque algo me decía que no era el suyo un juego limpio. «¿Este autismo no será una forma de malicia?» me preguntaba.

De súbito, mi padre sufrió un leve desmayo y se derrumbó sobre el plato del postre. Yo no le empujé. Fue él solo el que se desplomó sobre la mesa, de forma que metió a fondo su narizota de Karl Malden entre el helado, la nata batida y la crema amarillo reflectante del pastel casero. Le cogí enseguida la cabeza agarrándola por los pelos, pero fue como si su cráneo no tuviese sujeción al cuello. Pesaba diez veces más de lo normal y tuve la desagradable sensación de que, si la soltaba, se me caería al suelo reventando como un melón maduro.

A pesar de la importancia del golpe continuaba inexpressivo, aunque, ahora, debajo de toda esa capa dulce del postre, adiviné en su cara cierto rictus equívoco. «¿Malicioso?», me pregunté en voz alta. Doblando su espalda, mirando a nada, al vacío, era como un carnero viejo y lleno de pupas que hubiera recibido del matarife un garrotazo torpe, imperfecto, dejándole asido a un hilo de vida con la nuca hundida a medias. Escuché el vozarrón eufórico del tío Lorenzo fuera, en la terraza, y supuse que preparaba alguno de sus brebajes, un combinado bien fuerte, con anís, melocotones, uva madura, vino. La juerga era de las buenas.

Excitado y hasta con el estómago medio revuelto por la mezcla del champán y la ginebra, le increpé de nuevo a mi padre, otra vez sobre el postre, porque no sabía qué decirle, o mejor, no me atrevía a decirle otra cosa, «¿es que no te lo vas a comer?». Pero no esperé una respuesta: de la punta de su nariz vi que le colgaba algo. Entre restregones de helado y pastel pendía un gotazo de sangre, gordo y redondo como una uva oscura.

—¡Oh, papá! —exclamé consternado.

El gotazo, después de temblar un poco, cayó a peso fundiéndose con la nata. En el plato se formó un charquito rosado.

Me sentí asquerosamente culpable, porque, al fin y al cabo, ¿no le había zarandeado yo antes de que se derrumbase? Mi reacción inmediata fue la de limpiarle la napia, temeroso de que ahora, al ver que se desangraba, reaccionara al fin pero de forma recriminatoria y violenta. Pero él seguía con su mirada perdida, sacaba la lengua y se intentaba enjugar la sangre, porque otro gotazo, tan gordo y oscuro como el anterior, se había formado ya en el extremo de su nariz. Con la punta de la lengua retiró el líquido que debía sentir molesto y caliente. Al tragarlo, su nuez se deslizó bajo la piel del cuello como una cucaracha que se escabulle asustada.

Al ver esto me giré para beberme de golpe otro medio vaso de ginebra. Reconfortado, carraspeé un poco y me supe con ánimos para frotarle enérgicamente la narizota con una servilleta blanca y pesada de la abuela. Entonces vi que los pelos que le salían de las fosas nasales estaban impregnados de una mezcla de plasma y crema. Froté enérgico, pero el empaque seguía allí; la sangre se secaba encima del dulce y esa masilla era tan pringosa que resultaba muy complicado retirarla. Llené otro medio vaso de ginebra y me lo volví a soltar, y entonces, realmente ebrio, pensé que el descubrimiento de toda aquella pelambreira hacía que sintiera unas extrañas ganas de diversión, y que me preguntara, por ejemplo, cuánto tiempo llevaría mi padre sin depilarse aquellas fosas enormes que tanto le afeaban.

«Esta pregunta estúpida sí que está dando la medida de mi pérdida de control» me dije. Pero la hice, y no sólo eso, sino que le cogí un pelo de la nariz, el más sobresaliente, uno que se retorció en una espiral insidiosa; haciendo una pinza con los dedos se lo arranqué con un tirón seco. Sus ojos se cubrieron al instante con una lámina acuosa... Oh, admito que también yo di rienda suelta a una lagrimita. Mientras le acari-

ciaba la nuca compadecía a mi padre, bebía ginebra sin coto y, entonces, a un pelo de la nariz arrancado le siguió otro, y un lagrimón de mi padre condujo a otro trago de ginebra, y al arranque de otro pelo más, y otro medio vaso al gollete por favor. Así hasta cinco veces consecutivas si no recuerdo mal.

—¡No te has depilado la nariz desde que me metieron en la cárcel! ¡Es que tanto trabajo le cuesta a mamá estar pendiente de esas cosas! —le grité, y añadí gangoso, borracho perdido, tras una breve pausa—. ¡Es que no ves que con los hombros caídos hacia delante estás ridículo, que así, amorfo y encogido sobre el plato, con esa narizota hinchada como el pezote de una tripa de embutir te pareces cada vez más a una salchicha!

Mi madre, al ver aquella insufrible escena, al oírme decir eso de la salchicha, se habría echado también a llorar, pues no es posible que una madre soporte el espectáculo de ver cómo su hijo, mientras se emborracha, impreca y zarandea a su propio padre.

—¿Y mamá? —pregunté de pronto a nadie, en voz muy alta.

En mi mente restalló un relámpago seco que me hizo tambalear. Sentí una emoción intensa de soledad al caer en la cuenta de que ella tampoco había abierto la boca durante la cena. Es más, mi madre no había hecho acto de presencia en la cena, o si finalmente compareció se debió de haber excusado al poco, porque yo no recordaba haberla visto junto a la abuela. De hecho no había reparado en ella desde que, por la tarde, se sentase en aquel sillón de orejas del abuelo. A lo mejor se levantó de la mesa y se fue porque finalmente reconoció, junto a los cuartos de cordero, la galantina de nata y cabello de ángel.

Eran muchas cosas sucediéndose a una velocidad de vértigo, demasiadas como para que se acomodaran en un cerebro rehogado en alcohol sin consecuencias. Me martirizaba preguntándome dónde se habría escondido mi madre, por qué no estuve vigilante ni caí en la cuenta de su presencia, por

qué a ella no la arropé como lo hice con mi padre, y me abrasaba la sospecha de que vio cómo mis ojos estuvieron todo el tiempo hipnotizados por el silencio y la exhibición aviesa que hiciera él de su derrota.

Comencé a sentirme con unas ganas tremendas de vocear, de puro miedo, de dolor. De aquel estado febril que precedía, ya no me cupo ninguna duda, a una rara concatenación de sobresaltos, me despertaron unos susurros de alarma. Después oí algunos roces, y hasta unos débiles gañidos de protesta. Presté atención y creí escuchar en el fondo semioscuro de la cocina a una persona mayor recriminando la torpeza en la que había incurrido un crío. Me restregué los ojos y pude ver dos bultos arremolinándose nerviosos, tropezando entre ellos y llevándose por delante las sillas en su carrera. Me froté otra vez, incrédulo ante lo que ya eran exhortaciones ávidas de huida de quien siente delatada su presencia. Dos siluetas grotescas derribaban todo con sus prisas por escapar: un niño desgarbado, crecido, y una mujer gruesa, probablemente su madre, se perdían tragados por la boca negra de un pasillo.

No pude identificarlos, pero enseguida tuve la desasosegadora consciencia de que alguien había sido testigo de aquella disparatada intimidad con mi padre. Aprovechándose de la ceguera que me provocara mi obsesión por atenderle y la ingesta de ginebra, sentados en una butaca de privilegio lo habían escuchado todo con ansiedad, incapaces de reaccionar como es debido y así advertir al hijo de que en ningún caso se debe maltratar de tamaña manera al padre. Ni habían respirado desde que, fuera los demás celebrando su juerga en la terraza, me arranqué a zarandearle pidiendo que me hablara, a tirarle de los pelillos de la nariz, a limpiar la sangre que yo había hecho brotar. ¿Quiénes serían aquellos bultos, quiénes huían protegidos por la oscuridad del fondo de la cocina, quiénes se habrían dedicado a escuchar en latencia, emboscados en la penumbra, para luego correr a la terraza y dar cuenta de aquel suceso a los demás y así partirse todos juntos de la risa?

Me desplomé mareado sobre una silla, aparté los platos del postre y las tazas volcadas del café y escondí la cabeza entre mis brazos.

Cómo maldije mi proceder obcecado, qué mala fortuna que alguien asistiera a aquella sesión, femenina en el fondo, de limpieza de cutis y depilación nasal, al extraño enjuague con servilleta, a mi emborrachamiento, una escena en la que alguien con no muy sana intención podría interpretar, y ahora divulgar, que se maltrataba al padre a la vez que se lo lavaba. Ya podía dar por seguro que iban a propagar por ahí la especie de que le hice sangrar con mala uva simulando atenciones, que me puse hasta el culo de ginebra mientras él lloraba de dolor. Se carcajearían todos con estrépito, sí, y es que, además, iban a dar pábulo a la gran noticia, harían correr por la ciudad la más infame de las novedades, con la que sin duda todos iban a desternillarse, a mondarse, a pelarse, a descoyuntarse las vértebras del cuello y hasta a mearse pata abajo de la risa, «acaba de salir de la cárcel y ya se ríe de su pobre padre; no se lo van a creer, isu propio hijo le compara con una salchicha!».

IV

«Ahora ya no hay duda, no. Ya se ha puesto en marcha», me dije. Sí, todos los hechos sucedidos a lo largo de aquella cena constituyeron para mí la prueba de que comenzaba a sentir, con fuerza y velocidad imparables, la amarga sensación de descenso de la que alguien, un amigo, en realidad uno de mis protectores allí dentro, o con más exactitud, el más importante de entre mis protectores, me advirtiera.

«Quédate conmigo Ismaelito —me decía, sentados los dos a la mesa de su celda mientras él untaba, con una mal disimulada ansiedad, el pan hecho en el horno de la cárcel con

la sobrasada y los patés que me traía mi madre en sus visitas— quédate, aquí estarás mucho mejor, nunca te sentirás tan bien como conmigo aquí dentro, aquí juntos es como mejor te sentirás, como mejor te podrás sentir ya nunca en lo que te queda de vida, porque yo cuidaré de ti, porque ahí fuera nadie lo va a hacer, no, ahí fuera, cuando te den bola, en cuanto se te pase el picotazo mezcla de susto y alegría que te va a pegar nada más pongas un pie en la calle, entonces, cuando dejen de sonreírte por el hecho de que hayas salido de la cárcel, cuando dejen de abrazarte por ese simple hecho, por un hecho, ya ves, tan sarnoso, tan huesudo y lleno de pulgas, y entonces comiences a sospechar algo, no sabrás bien por qué pero pronto todo te sabrá a sospecha, será como si de repente ese día, ese en el que la desconfianza ya sea tan grande que no sepas qué pensar de nada ni de nadie, entonces, bien temprano, echarás a correr por una calle cuesta abajo, y volverás a sentirte exaltado, feliz, como veo yo que te pones aquí dentro de vez en cuando...». Llegado a este punto agitó la nuez visiblemente, tragándose con esfuerzo el gran bolo que se le había formado con el exquisito pan carcelario y los refinados patés de mamá. Y prosiguió, «...creerás que vuelas, eres joven, tus piernas son fuertes, pero volarán también los meses y el descenso por esa calle en pendiente de la que nunca podrás ver el final, la caída por esa calle de casas bajas, con fachadas desequilibradas, de portones grandes que dan a unos corrales donde se gritan, se aman, se envidian, se despulgan y se agreden los hijos, se te hará cada vez más difícil de soportar, un día y otro, y venga, siempre cuesta abajo».

Pero es que mi amigo, mi protector allí dentro, añadió algo aún peor mientras se untaba otra enorme rebanada de pan blanco amasado por las manos de los presos con la pasta casera de hígado de pato, porque si no me dejaba escapatoria posible, si no podía fiarme de los que me iban a amar cuando saliera de la cárcel, entonces, ¿qué era lo que me aguardaba más allá de aquellos muros? «La gente buena, los que dicen

quererte —me informó, hincando el diente a conciencia— se asomarán para ver cómo corres pendiente abajo, no creas que dejarán de disfrutar de esa función tan divertida, no, y saldrán afuera, apoyándose sobre las barandillas de los balcones, y te observarán desde las ventanas y con los hombros pegados a los marcos de las puertas, y hasta es posible que pongan sillas en los umbrales para verte pasar con discreción, sí, y sentados con toda comodidad; pero ninguno de esos hipócritas te acompañará calle abajo, y eso, Ismaelito, ya te lo digo yo, será lo peor que hayas sentido en la vida...».

Mientras duró el encierro, no sufrí nada parecido a esa sensación de descenso vertiginoso. Y es posible que fuera así porque cada uno de los presos veíamos en los ojos de los demás idéntica caída a peso. Caían los hombres y caían las cosas. Caían aquellos muros erguidos cuatro metros por encima de la raya del cielo, y con ellos las celdas y sus pobres camas de hierro, los somieres oxidados y los colchones de espuma amarillenta marcados con la humedad del suelo, el sudor, la orina y el semen de tanto reo que se acostó aplastando contra ellos todo el volumen de su vientre. Y claro, las puertas también caían junto a nosotros, y las rejas, y las garitas con sus guardias, en un caos de hierro, palizas, cerrojos, nidos de cigüeña, subfusiles y lamentos.

Lo que sí vine a sentir fue un verdadero anhelo de amar a mis compañeros, un deseo de hermanarme con ellos en tal grado que a veces pensaba en salir de mi celda y correr a buscarles desnudo por el patio. En esa carrera loca gritaba bajo el cielo amurado que, no lo dudaran, los iba a confortar a todos, que eran mis hermanos, mis amantes, los mejores amigos que nunca había tenido, que iba a abrir una a una cada celda y besar a su sorprendido huésped, correría el cerrojo de la siguiente, me sentaría en el borde de la cama y le redactaría un auto de súplica a un parricida sin luces ni recursos, y después, en la contigua, invitaría a su joven habitante a una partida de ajedrez recostados los dos en mi lecho, para que él también unta-

se pan blanco de presos con el exquisito paté de casa. Lo que yo quería entonces, sacudido por un arrebató extraño de mis emociones, era celebrar una fiesta delirante de ternura sin final junto a los hombres viejos que machacaron con una piedra la frente del vecino, asesinos sin ganas de haberlo sido y que un día, sin que antes lo sospechasen, lo llegaron a ser; y con los jóvenes del atraco sangriento, ceñudos, siempre caminando en banda y con cautela; pero también la quería celebrar con los más hermosos de entre todos los proscritos, los del crimen contra el padre, los jugadores de frontón, los chicos de musculatura fibrosa, elásticos y feroces como el restallar de un látigo de urdimbre metálica, chicos de los que había que cuidarse, ah, porque cuánta precaución exigían esos cuerpos morenos que dejaban al aire en el patio, al estirarse para golpear la bola, el surco profundo y violento de su espalda. Y hasta me quedaba dentro amor para los hombres de la desesperanza y el silencio, los de estómago flácido, sobrepeso, calvos severos, los que se escondían con barba de semana y media en el ámbito apartado de la sombra, los que fumaban lento ducados mientras nos contemplaban a los del frontón, y se sacaban de debajo de las uñas, con parsimonia y un alambre, la cutícula y la sangre seca de la esposa.

Pero todas esas emociones, la conciencia de haber sufrido tamaños arrebatos, también me llevaba a sentir una gran vergüenza por la efusión de un amor malgastado, de las aperturas de par en par, casi obscenas, de mi alma, de la generosidad sin medida de la que hacía gala y que sin duda me procuraba más agotamiento y sinsabores que otra cosa.

Mi protector, el más importante de mis amigos dentro de aquella cárcel, se había equivocado en algo, sin embargo. Al salir libre, yo estaba descendiendo calle abajo, en eso acertó de pleno, sí, pero no lo hacía en soledad. Al menos no en aquel primer tramo de la bajada, porque mi padre y yo, juntos, ya la recorríamos veloces, con un poco más de susto en el cuerpo de lo que habría sido deseable, pero con decisión, dando grandes

y desequilibradas zancadas en estos primeros compases de la caída. Por ejemplo, aquella mañana en particular, cuando, mecidos ridículamente con una serie de empujones fofos y lánguidos, los propios de la marca Citroën, nos dirigíamos a la Comisaría de la Ciudad-Sapo. Ese día hicimos un buen trecho mi padre y yo, dándonos los dos un mutuo empujón calle abajo en aquella carrera rabiosa, desquiciada y, así lo veo ahora, rigurosamente nocturna.